

COMENTARIOS A "NUEVAS FRONTERAS DE LA ARQUEOLOGIA"
(Boletín N°4, 1986: 11-15)

Carta - Comentario al ensayo: "Nuevas fronteras de la Arqueología" de José Berenguer

Deseo felicitar al colega J. Berenguer por su ensayo tan sugestivo que nos recuerda por supuesto que siempre hay nuevas fronteras en las ciencias. Estoy "consternado" porque ha elevado a la categoría de epígrafe un texto que fue escrito para otros fines, en una vieja carta circular que envié a los colegas egresados del Norte. Obviamente que no fue mi intención emitir un juicio de omnipotencia monástica... En verdad, el análisis histórico concreto de la humanidad pretérita o presente (ciencia social), debería recoger todas las disciplinas posibles tendientes a objetivizar y ordenar el de por sí intrincado y contradictorio comportamiento humano, con o sin vestigios literarios.

Seguramente que José estará de acuerdo que el meollo del asunto no radica en el dilema: "de qué pasado estamos hablando", sino: cuál es la concepción epistemológica de naturaleza teórica e ideológica que procesa cada arqueólogo para acceder al análisis de ciertos fenómenos, con mayor grado de comprensión, certidumbre y suspicacia... José ha sustentado su discurso "de nuevas fronteras" con referencias occidentales acertadas y especializadas. No está demás destacar las referencias generalizadas que son tan esenciales en el oriente, como aquella que nos apoya mutuamente: en el jardín de las ciencias del hombre todas las flores son posibles...

Reitero mis felicitaciones al autor y a los Editores por reivindicar al ensayo como instrumento de análisis.

Lautaro Núñez Atencio

¿Nuevas Fronteras en Arqueología?

En las últimas décadas, la arqueología se ha venido debatiendo en una constante discusión acerca del campo de investigación que le es propio. En este sentido, el ensayo publicado por José Berenguer en el número anterior de este Boletín, viene a ser un renovado intento de abrir nuevas fronteras para la arqueología, lo que sin duda es estimulante.

¿Pero, son en realidad pertinentes los cambios que se proponen?. El objetivo de este escrito es discutir en torno a la posición ofrecida por Berenguer considerando, en honor a la brevedad, sólo algunas de las implicaciones que ella contiene.

Sin duda, el punto central se refiere a la posición de la arqueología dentro de las ciencias y a sus objetivos básicos. Para Berenguer, la arqueología es una disciplina social independiente, que tiene la curiosa particularidad de estudiar a cualquier sociedad -en cualquier tiempo y lugar- sin observar los hechos sociales directamente, sino que infiriéndolos a partir de "los productos materiales del comportamiento humano" (Berenguer 1986:12); siendo que, al menos en las sociedades contemporáneas, las conductas sociales humanas son directamente observables. Es decir, se nos pide inferir patrones de actividad a partir de restos materiales, aún en el caso que dichos patrones sean directamente observables, como en el propuesto estudio de las sociedades contemporáneas.

Se podría argumentar que este aparente sin sentido no es tal, ya que esta nueva arqueología, al menos en el campo de las sociedades actuales, debe trabajar en estrecha colaboración con otras disciplinas sociales, las que sí analizan los hechos directamente, sirviendo así de complemento de éstas. Pero, sin embargo, parecería más práctico y coherente que los etnógrafos, sociólogos y demás científicos sociales, prestaran mayor atención a la 'cultura material' en sus estudios de la sociedad humana, en vez de desviar la atención de los arqueólogos de su campo tradicional, donde parecen ser los únicos eficaces.

Más aún, cabe preguntarse si la información proporcionada por el 'enfoque arqueológico' de las sociedades contemporáneas puede ser sustancial, a la vez que complementaria al conocimiento producido a partir de buenos trabajos etnográficos o sociológicos, en los que las entrevistas, la observación participante y otras técnicas, pueden extraer información directa de los hechos sociales, sin ningún tipo de mediaciones (1).

A nuestro parecer, el planteamiento de Berenguer presenta dos problemas. Por un lado, se le quiere dar a la arqueología un status independiente que no tiene, y por otro lado, la definición de sus límites se hace a partir de lo que en realidad es el medio que utiliza para obtener los datos sociales, es decir, el estudio de los restos materiales.

En este último punto es evidente, a partir de los ejemplos que el autor ofrece como posibles estudios de arqueología contemporánea (op. cit: 14), que su planteamiento parte del su puesto que los arqueólogos son los más adecuados para estudiar la 'cultura material' en su función social, lo que por un lado limita arbitrariamente el campo de otras disciplinas (2), y por otro convierte a la arqueología en una ciencia de los objetos.

Creemos que aún sigue siendo válida la máxima que la arqueología es antropología o nada, lo que nosotros entendemos en términos que la arqueología es una disciplina de la antropología, y que tiene por objeto comprender procesos socioculturales en aquellas sociedades que, por dejar de existir antes de poder ser estudiadas o sin dejar registros escritos sistemáticos, no son posibles de abordar con las técnicas habituales de la antropología o la historia, obligándonos a recurrir a los restos materiales producto de su existencia. Cosa similar ocurre con otras ciencias, las que tienen disciplinas destinadas a campos específicos, tal como la paleobotánica en relación con la botánica o la paleontología con la zoología.

En este punto concordamos con Berenguer en que es muy difícil precisar un límite entre el campo de la arqueología y el de otras disciplinas sociales. Sin embargo, creemos que dicha precisión es innecesaria a la vez que imposible. En cada caso concreto la pertinencia de los estudios arqueológicos se definirá a partir de lo sustancial que sea el conocimiento que genere. Así, en el estudio del Paleo-indio, la arqueología es la única capaz de entregar información relevante para el entendimiento de esa sociedad. Sin embargo, en el análisis de la extrema pobreza de Santiago, la arqueología podrá entregar un cúmulo insignificante de información comparado con el de otras ciencias sociales. Entre estos dos ejemplos, existe una gradiente de posibilidades en las que la arqueología es más o menos útil.

En resumen, para nosotros, los arqueólogos son un tipo de antropólogos, que se han especializado en estudiar sociedades en las cuales no se pueden aplicar otras técnicas para recoger los datos sociales, que no sean las arqueológicas. Así, la definición de nuevas fronteras, como las propuestas por José Berenguer, contrariamente a lo que él supone, le harían perder coherencia y la desintegrarían.

Luis E. Cornejo B.

Notas:

- (1) Berenguer sostiene que el estudio de los restos materiales brindaría información más confiable que las entrevistas, ya que éstas contendrían distorsiones o 'sesgos humanos' (op. cit. 13). Sin embargo, debe recordarse que las entrevistas son sólo una de las técnicas posibles de utilizar, existiendo otras (p.e. observación participante) en las que no se darían distorsiones como las aludidas, y que en todo caso, un buen estudio debe utilizar varias técnicas en forma conjunta.
- (2) Debe notarse que, por ejemplo, la semiología ha desarrollado importantes estudios sobre el 'lenguaje' de ciertos objetos materiales.

Precisando Fronteras

Los editores de este Boletín me han dado la oportunidad de comentar un breve ensayo del arqueólogo José Berenguer: Nuevas Fronteras de la Arqueología. Esto me llena de satisfacción, pues nuestra disciplina necesitaba imperiosamente este espacio de discusión académica.

Los planteamientos vertidos en dicho ensayo no son nuevos para mí, José Berenguer y yo hemos discutido en varias ocasiones su controvertida proposición. Muchas de sus ideas son polémicas, pero en este comentario sólo me referiré a ciertos aspectos teóricos, epistemológicos y metodológicos.

Nadie puede estar en desacuerdo respecto a que la arqueología es una ciencia social pre-ocupada de la historia humana, sin embargo, la concepción de historia deslizada por nuestro autor dista mucho de ser rigurosa. Él piensa que la cuestión más grave que aqueja a los arqueólogos es donde poner los límites para demarcar "dónde finalizan los sitios históricos y dónde comienzan los contemporáneos" (Berenguer 1986:11). A partir de esta interrogante él argumenta sobre la debilidad de trazar estos límites en un año particular, concluyendo que tales límites son insustanciales, pues incluso las basuras desechadas en el día de ayer son parte del pasado.

Estos argumentos nos introducen de lleno en el problema de la periodificación. Desde una perspectiva materialista, el trazado de límites no es una cuestión convencional, ésta es una posición idealista como pensar que ellos no existen. José Berenguer está en lo cierto al afirmar que la ciencia social estudia sociedades (Ibid.), pero su definición es incompleta. Cada sociedad posee una estructura definida -una formación social- cuya génesis, desarrollo y ulterior disolución puede ser científicamente develada. Por consiguiente, la arqueología es aquella disciplina que se ocupa de todas aquellas sociedades que muestran formas precapitalistas de producción, y que en la actualidad no se encuentran en funcionamiento (ver Gallardo 1983 93-94).

A partir de estos criterios de periodificación, quiero entender que cuando José Berenguer nos habla de una "arqueología del presente" se está refiriendo al estudio de la "cultura material" correspondiente a todas aquellas culturas a las que subyace el modo capitalista de producción. Esto nos plantea problemas de orden epistemológico y metodológico. Nuestro autor afirma que los arqueólogos son un tipo peculiar de científicos sociales que podrían dar cuenta de esta realidad histórica, haciendo inferencias a partir "de los productos materiales del comportamiento humano" (op.cit.:12). Desafortunadamente, él no considera que las prácticas humanas se realizan al interior de una cotidianeidad que es un claroscuro de engaño y verdad (cf. Kosik 1967), que impide a los participantes de una cultura aprehender las estructuras profundas que las explican. Así, por ejemplo:

La forma acabada que revisten las relaciones económicas tal como se manifiestan en superficie en su existencia concreta y, por lo tanto, también como se la representan los agentes de esas relaciones y los que las encarnan cuando tratan de comprenderlas, es muy distinta de su estructura interna esencial pero oculta, del concepto que le corresponde. De hecho es precisamente lo inverso, lo opuesto. (Marx en Godelier 1969:27).

Las prácticas humanas visibles (aparentes) se desarrollan en un plano fenoménico que posee pautas que pueden ser descritas por intermedio de diferentes técnicas de observación y registro. A este mundo fenoménico corresponde el orden de cosas materiales a las que apunta nuestro autor, por consiguiente la inferencia arqueológica del "comportamiento humano" es sólo un paso en el proceso de producción de conocimientos científicos. La definición de arqueología propuesta por Berenguer (ibid.) apenas nos permite apreciar la "sintomatología" del problema social, por sí misma nos cierra el camino hacia la explicación. La esencia profunda de los fenómenos sociales no son directamente observables en la "cultura material". No basta inferir que tal o cual grupo de personas exageran su consumo de proteína animal. Lo científico en este caso es explicar cuales son las condiciones estructurales profundas que sostienen y determinan la existencia de dicho fenómeno.

La opción empirista o sensualista de esta "Nuevas Fronteras de la Arqueología", únicamente podría aceptarse en la medida que la forma de manifestarse las cosas coincidiese con su esencia, pero si esto fuera así la ciencia estaría de más (cf. Marx 1966 (1894): 756-757). En el mejor de los casos, la "arqueología del presente" podría ser una valiosa técnica más de recolección de información. Nunca una práctica científico-social explicativa.

Referencias:

- Berenguer, José (1986) Nuevas Fronteras de la Arqueología. Bol. de la Soc. Chilena de Arqueología 4: 11-15, Santiago.
- Gallardo, Francisco (1983) La Arqueología: ¿Una Ciencia Social? En Arqueología y Ciencia: Segundas Jornadas, L. Suárez, L. Cornejo y F. Gallardo (eds.), pp. 91-102, Santiago.
- Godelier, Maurice (1969) Notas sobre los Conceptos de Estructura y Contradicción. En Aproximación al Estructuralismo, Varios Autores, pp. 23-40, Editorial Galerna, B. Aires.
- Marx, Karl (1966) (1894) El Capital. Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

REPLICA DE JOSE BERENGUER A LOS COMENTARIOS

Replica a Cornejo, Gallardo y Núñez

Los comentarios críticos a mi artículo van del disenso más absoluto al elogio con reservas. Luis Cornejo y Francisco Gallardo plantean sus críticas en términos de abierta confrontación, precisando, además, que ellas no agotan las diferencias que tienen con mi propuesta. Buena parte de esta réplica va dirigida a ellos. Lautaro Núñez, en cambio, se muestra hasta cierto punto de acuerdo con la idea, pero insinúa ciertas reticencias, las que, sin embargo, resuelve en forma ecléctica. Lamento haberlo consternado encubriendo a categoría de epígrafe su definición de arqueología. Acepto sus observaciones y las respeto, toda vez que es evidente que ya no se siente identificado con ella. Lo que me parece más discutible, empero, es su leve reproche por el uso que di a su carta-circular (en ese entonces inédita), ya que recientemente supe que fue publicada por la revista Tambo (Nº1, 1979).

Vayamos ahora directo al punto. En el curso de mi artículo, me afané por convencer a los arqueólogos de que también pueden trabajar con el presente, dando por sentado que el estatus de la arqueología histórica era ya un hecho consagrado. No contaba con Cornejo y Gallardo, quienes no sólo rechazan una "arqueología del presente", sino que colocan el "techo" del trabajo arqueológico mucho más atrás de lo que la mayoría de los arqueólogos haría. Para ellos seguramente las salitreras en desuso de nuestra pampa no son sitios arqueológicos, el uno porque dejaron "registros escritos sistemáticos", el otro porque fueron el resultado de una sociedad "con formas capitalistas de producción". Pero allí están a la vista de todos, abandonadas y en ruinas; de tiempo en tiempo, claro está, vuelven a entrar en contexto sistémico, pero en lo sustancial han permanecido decenas de años en contexto arqueológico (cf. - Schiffer 1976). No hace mucho, Gerda Alcaíno (Chungará Nº10, 1983) ensayó una arqueología histórica del campamento salitrero José Santos Ossa y, a decir verdad, nada en su estudio difiere radicalmente de lo que hace cualquier arqueólogo cuando trabaja con distintas fuentes. Hay aspectos sumamente positivos y otros no tanto en los comentarios de Cornejo y Gallardo, pero éste de los límites sin duda es el más débil. Si para Cornejo los arqueólogos son simplemente paleoantropólogos que estudian "sociedades en las cuales no se pueden aplicar técnicas para recoger los datos sociales, que no sean las arqueológicas", entonces ¿cómo definiría lo que se hizo hasta la semana pasada en el patio de nuestro museo, excavándose un sitio documentado históricamente: el solar de don Juan de Cuevas, Corregidor de Santiago en 1555?. En cuanto a Gallardo, el aspecto más endeble de su comentario es su afirmación de que la arqueología sólo estudia sociedades precapitalistas que, en la actualidad, no se encuentran en funcionamiento. Los onas cumplen este requisito a la perfección, por lo tanto Gallardo podría hacer arqueología con sus vestigios materiales. No así con los vestigios de los alacalufes, cuya sociedad, de origen precapitalista, pero sin serlo hoy en día, mal que mal todavía se ha

ya en funcionamiento. ¿Hay que esperar que desaparezca el último de ellos para comenzar una arqueología de su sociedad? A este tipo de contrasentidos conduce la definición de arqueología de Gallardo, porque, incluso dentro del contexto de su planteamiento, los criterios de demarcación de lo que está "en funcionamiento" y lo que no, son poco claros. Todavía más, sus imprecisiones a este respecto hacen que su alegato sobre el trazado de límites pierda consistencia.

En suma, la concepción de Cornejo reduce el campo de la arqueología a la prehistoria, descartando una arqueología de la antigüedad clásica, del medioevo e, incluso, de los mayas; la de Gallardo lo confina a las sociedades precapitalistas ya extintas. Mi posición, en cambio, supone que también tenemos algo que decir como arqueólogos de las sociedades precapitalistas y capitalistas no extintas, así como igualmente de las socialistas.

El principio que aparentemente rige a ambos, al fijar el campo de su disciplina, es el de "pertinencia". Cornejo se pregunta si la información proporcionada por mi "enfoque arqueológico" de las sociedades contemporáneas es o no sustancial, ya que según él dicha pertinencia se definiría a partir de lo sustancial que sea el conocimiento que genere. Desgraciadamente, los ejemplos que da no son buenos, porque si de "entregar información relevante para el entendimiento de una sociedad" se trata, en los dos casos el papel que desempeñan otras disciplinas es vital para lograr ese objetivo. Por otro lado, el utilitarismo que hay detrás de su planteamiento (gradiente de utilidad) no admite siquiera la posibilidad de que la pertinencia de esta "arqueología del presente" vaya en aumento. ¿Qué habría sido durante el Renacimiento de muchas ciencias hoy maduras, si a la larga hubiera primado este principio de pertinencia? Volvemos al final sobre este punto de la argumentación de Cornejo. Gallardo (1983: 94), por su parte, al definir el campo de la arqueología en el artículo que refiere en su comentario, dice que "bien podría circunscribir su interés sobre todas aquellas formaciones sociales que preceden al modo capitalista de producción, y en las cuales los procedimientos estrictamente arqueológicos adquieren relevancia y pertinencia, en cuanto una etnografía tradicional (observación participante) es de hecho impracticable". Ciertamente, hizo bien en adjetivar la palabra etnografía, porque hoy en día existe una corriente que define el campo de esta ciencia como el estudio de los pueblos (ethnoses) y que se plantea una etnografía retrospectiva para tratar con problemas como la etnogénesis (Bromley 1984). Es difícil anticipar si esta corriente terminará por imponerse, pero uno tiene todo el derecho a preguntarse ¿qué pasaría con la "relevancia y pertinencia" de la arqueología -así definida- si ésta u otra etnografía "no-tradicional" se hace, de hecho practicable? La lingüística y la propia semiología, citada al pasar por Cornejo, están incursionando con éxito en el estudio de algunos aspectos de las sociedades precapitalistas, incluyendo a aquellas desarrolladas en la prehistoria, lo que hace al menos discutible el supuesto protagonismo de la arqueología allí y echa por tierra aquello de que "en nuestro campo tradicional (léase la prehistoria) somos los únicos eficaces".

Por lo visto, ninguno de los comentaristas objeta que la arqueología es una ciencia social. La discusión se desvía, más bien, hacia la definición de Ciencia Social que empleo y hacia el lugar de la arqueología dentro del sistema de las ciencias, lo que me obliga a hacer algunas precisiones. Como mi propósito fue -insisto- tratar de convencer a los arqueólogos de que también pueden trabajar con el presente, el grueso de mis argumentos apuntó a esa dirección, dejando apenas esbozadas cuestiones que, en el contexto específico de ese artículo, estimé eran laterales (p.11). Por supuesto que mi definición de Ciencia Social es incompleta y, -en lo básico, coincido con la de Gallardo (Ob.cit.). La verdad es que sobre esa parte de su comentario no tengo más que agregar, salvo, quizás, señalar que la lógica interna de su discurso me pareció allí poco diáfana. Distinto es el caso con la crítica de Cornejo, ya que él me lleva al viejo problema de si la arqueología es o no antropología. El no duda en suscribir la máxima que hizo célebre a la New Archaeology, pero yo no estaría tan seguro, y no sólo porque es maniquea (Lorenzo 1976). Creo que haría bien en revisar bibliografía de otros meridianos; se daría cuenta que la concepción estadounidense no es universal. Sin que lo que voy a decir pretenda ser definitivo, me inclino más a pensar que la arqueología persigue tanto metas históricas como sociológicas o antropológicas. Las primeras, reconstruyendo el pasado y estableciendo relaciones causales entre los eventos; las segundas, exponiendo y formulando principios sobre las sociedades de ayer y de hoy. En este sentido, el lugar de la arqueología en el sistema de las ciencias yacería a horcajadas -por así decirlo- entre la historia y la antropología. No cabe, tampoco, hablar de un estatus independiente, sino interdependiente. Pensar que es una disciplina autónoma sería tan equivocado, a mi juicio, como creer que sólo es paleoantropología. El punto es que la realidad que nos toca estudiar como arqueólogos, la sociedad - (y no los objetos, como quiso entender Cornejo), es una sola, pero a la vez multidimensional y multideterminada, y como tal es preciso abordarla desde muy diferentes planos, a menudo superpuestos. A riesgo de simplificar algo que es tremendamente complejo, el estudio de la socie-

dad se podría ver como análogo al del sistema solar, en donde confluyen los esfuerzos de una infinidad de disciplinas científicas, cada una importante en lo que hace, pero necesariamente complementaria en su aporte con el de las otras. Una sonda espacial depositada en Venus, equi- vale en nuestro ejemplo a un equipo interdisciplinario investigando en el terreno un aspecto de la sociedad humana y no sólo es entendible, sino deseable, que cada especialidad se aproxime al objeto de estudio desde su particular perspectiva, aún a costa de superponerse e incluso intersectarse con el trabajo de otras. Es en este contexto de interdependencia que yo reclamo un lugar para la arqueología en el estudio de las sociedades contemporáneas y dejo la vía libre para que otras disciplinas hagan lo propio en el pasado. Por eso, no puedo estar más de acuerdo con lo que dice Núñez en la primera parte de su comentario. En la división del trabajo de las ciencias sociales, cada disciplina debe tomar bajo su responsabilidad abordar el estudio de la sociedad desde uno o más planos y no importa nada que la etnografía, la lingüística, la semiología, la arqueología, etcétera, invadan la que ha sido tradicionalmente la "parcela" de otra, si al final de cuentas tienen una inherentemente distinta aproximación al estudio de una misma situación histórica concreta y contribuyen con ello de manera original al objetivo de la Ciencia Social.

Centrándonos nuevamente en lo que es el núcleo del artículo, debo reconocer que la crítica más contundente incide sobre sus implicancias epistemológicas y metodológicas. Con celo casi eclesiástico, Gallardo me excomulga del materialismo (lo que me deja "abismado"), sosteniendo que mi propuesta es idealista y empirista o "sensualista", y concluyendo que, en el mejor de los casos, la arqueología del presente sería "una valiosa técnica más de recolección de información; nunca una práctica científico-social explicativa". Cornejo, por su parte, no divisa efecto práctico alguno en estudiar una sociedad contemporánea por medio de los productos materiales del comportamiento humano, si este comportamiento es observable directamente, aunque tácitamente le reconozco este efecto a la etnografía, la sociología y otras ciencias sociales que no especifica. Su conclusión es que mi propuesta haría perder coherencia a la arqueología y la desintegraría.

Voy a organizar mi defensa dividiendo el asunto en dos planos: uno, el de las precisiones; el otro, el de las perspectivas.

Parece que el gran pecado para Gallardo es que yo no haya colocado en la definición de arqueología una precisión de este género: "en el estudio arqueológico de las sociedades -mediado por los productos materiales de la actividad humana- no basta con dar cuenta de lo fenoménico (lo cultural), sino que hay que contribuir a dar cuenta también de las estructuras profundas o esencia (formación económico-social) que lo explican". Según mi inquisidor, como yo no considero esto en mi definición, ésta -analizada por sí misma- apuntaría sólo a los síntomas del problema social, cerrando así el camino a la explicación. En otras palabras, más que pecar por comisión, lo habría hecho por omisión. Curiosamente, la definición de Gallardo -también analizada por sí misma- no lo hace mejor. Sin duda, yo lo habría hecho feliz si hubiera intercalado una precisión como la que me exige (pero que él no hace). Empero, preferiré dejarla abierta, porque no pretendo proponer una definición tan sólo para un sector de los arqueólogos, en la medida en que para mí todavía sigue siendo válido aquello de que las ciencias deben propender a ser universales. Otra cosa muy distinta es, como bien ha dicho Núñez, cuál es la concepción que suscribe cada arqueólogo respecto de cómo conoce y sabe que conoce cuando intenta encarar con éxito su estudio, la que, en mi opinión, siempre es una opción ideológica. Y eso es privativo de cada uno... a su propio riesgo. Asumido esto, Gallardo juega con las cartas marcadas cuando me anatematiza, porque él sabe sobradamente que en mis trabajos -bien o mal- hace años que estoy incursionando en temas vedados o intocables para un arqueólogo empirista; también sabe que me encuentro empeñado en traspasar lo meramente fenoménico, precisamente porque ya he hecho uso de mi facultad de elegir.

Queda aún pendiente el otro plano de mi defensa, el más importante para lo que nos tiene aquí discutiendo: en definitiva, ¿se justifica o no una arqueología del presente? Entiendo -que Núñez dejó el camino abierto, pero mis otros contradictores no le ven perspectivas halagüeñas. El punto más crítico en el comentario de Cornejo es aquel en que descarta, por irrelevante, el estudio arqueológico de una sociedad de hoy, concediéndole ese privilegio a otras disciplinas sociales, las que, en su concepto, gozarían de una ventaja sobre la arqueología: pueden hacerlo "sin ningún tipo de mediaciones". Creo que en eso Gallardo tendría mucho que decir. Es claro que todo estudio social se encuentra mediado (y varias veces mediado) por distorsiones o filtraciones debidas a nuestra cultura, nuestro pensamiento, nuestros paradigmas. Por todo eso y mucho más, es metodológicamente ingenuo pensar que las entrevistas, las encuestas y, aún, la observación participante, nos ponen a salvo de sesgos y mediaciones. Precisamente sobre bases como éstas, William L. Rathje (y no yo, como lo señala en su nota 1)

ha expuesto algunas limitaciones de esas técnicas y justificado los estudios de la "cultura - material" moderna. Ciertamente, estos últimos también tienen sus limitaciones, pero por eso mismo, la estrategia de un estudio social debiera contemplar el más amplio espectro de aproximaciones posibles, incluyendo a estas dos. En cuanto a que la arqueología se hace menos coherente y corre el peligro de desintegrarse, es una cuestión de opiniones. Desde luego se hace más promiscua, porque trabajaríamos codo a codo con un amplio y variado número de científicos sociales. Pero yo no veo esto como signo de incoherencia y desintegración, ya que miradas - las cosas en términos más globales, quizás ofrezca una mejor base para reintegrarla después - de los cismas acaecidos en ella durante los últimos 25 años. Tendrían legítima cabida tanto el arqueólogo orientado históricamente como el orientado antropológicamente; tanto aquel que hace investigación académica (pura o básica) como aquel otro que hace investigación aplicada; tanto aquel que es un "experto regional" o un "especialista orientado tópicamente" como aquel otro que es un "generalista"; y por supuesto, tanto aquel que le interesan las sociedades del pasado como aquel otro interesado en las sociedades del presente. En síntesis: una "arqueología total", en que cada uno disponga de una opción libre para elegir dónde y cómo hacer su - contribución arqueológica a la Ciencia Social.

No puedo terminar esta réplica sin rebatir las últimas objeciones de Gallardo, aunque estoy seguro que sólo estamos razonando en planos distintos. Espero convencerlo en su propio terreno. El sostiene que lo fenoménico esconde "las estructuras profundas que lo explican", pero, a la vez, le reconoce a su estudio la condición de "paso en el proceso de producción de conocimientos científicos", con todo lo cual estoy de acuerdo. Ahora bien, si esto es así, - entonces convendrá conmigo en que es posible aceptar que el análisis de los productos materiales (que en este caso es una parte de lo fenoménico o cultural) del comportamiento humano del pasado abre un camino (desde luego, no el único) hacia la esencia oculta, contribuyendo con - ello a la explicación de una situación histórica concreta. Como no se divisa ninguna razón - lógica para que esto no sea válido también del análisis de los productos materiales del comportamiento humano del presente, habría que concluir que hay legítimas bases epistemológicas y metodológicas para mi propuesta de nuevas fronteras de la arqueología.

Agradezco a los editores de este Boletín que me hayan dado la oportunidad de debatir - libre y abiertamente mis ideas con estos colegas y amigos.

Referencias:

Bromley, Yu. V., 1984

Theoretical Etnography, General Editorial Board for Foreign Publications "Nauka" Publishers, Moscow.

Lorenzo, J.L., 1976

"La arqueología mexicana y los arqueólogos norteamericanos". En Apuntes para la Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

Schiffer, M.B., 1976

Behavioral Archaeology, Academic Press, Inc., New York.

José Berenguer R.